

Amarina

y

el viejo Pesadilla

AMIGOS
DE LETRAS
PARA VOLAR

Carmen Villoro

Ilustraciones de Alejandra Tadeo



Amarina

y

el viejo Pesadilla



**AMIGOS
DE LETRAS
PARA VOLAR**

Carmen Villoro
Ilustraciones de Alejandra Tadeo Gómez

Amarina y el viejo Pesadilla



Universidad
de Guadalajara





Itzcóatl Tonatíuh Bravo Padilla

Rectoría General

Miguel Ángel Navarro Navarro

Vicerrectoría Ejecutiva

José Alfredo Peña Ramos

Secretaría General

Sonia Reynaga Obregón

Coordinación General Académica

Patricia Rosas Chávez

Dirección de Letras para Volar

Sayri Karp Mitastein

Dirección de la Editorial Universitaria



Primera edición, 2015

Texto

© Carmen Villoro Ruiz

Ilustraciones

© Alejandra Tadeo Gómez

D.R. © 2015, Universidad de Guadalajara



Editorial Universitaria

José Bonifacio Andrada 2679

Colonia Lomas de Guevara

44657, Guadalajara, Jalisco

www.editorial.udg.mx

ISBN 978 607 742 201 3

Se prohíbe la reproducción, el registro o la transmisión parcial o total de esta obra por cualquier sistema de recuperación de información, existente o por existir, sin el permiso previo por escrito del titular de los derechos correspondientes.

Presentación

Letras para Volar es un programa universitario de fomento a la lectura que inició en 2010 con el fin de contribuir a desarrollar la competencia lectora en todos los grados escolares; principalmente, con el propósito de hacer frente a los insuficientes niveles de lecto-escritura con que parte de los jóvenes ingresan a la universidad; y, en los demás casos, mejorar los estándares de aprovechamiento académico.

Letras para Volar trabaja con niños y adolescentes de primarias y secundarias públicas localizadas en zonas económicamente desfavorecidas. Cada semana, prestadores de servicio social de la Universidad de Guadalajara acuden a diferentes escuelas, casas-hogar, hospitales civiles y espacios públicos como plazas, bibliotecas y ferias del libro para servir a la comunidad a través de estrategias que promuevan el amor por las letras, la ciencia y la cultura.

La colección Amigos de Letras para Volar es el resultado de la generosidad de diversos autores e ilustradores. Va a ellos nuestro agradecimiento por esta sensible contribución, con el deseo de que sus palabras y trazos vuelen junto con los sueños y aprendizajes de la niñez y juventud mexicanas.

¡Que ningún niño se quede sin leer!

Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Rector General de la Universidad de Guadalajara





Amarina era pequeña como todos los duendes, un poco más pequeña que un frijol, su cuerpo era suave y esponjoso. Cualquier niño podía tomarla entre las yemas de sus dedos y aplastarla despacio sin que le doliera.

Amarina tenía una voz especial, no era aguda como el sonido de los carritos de camote, o los regaños de mamá; su voz tenía el sonido de una campana.

Además, decía cosas para los niños y salía de entre los juguetes.

Mariana encontró a Amarina en el cajón del buró, entre los broches del pelo.

Primero creyó que se trataba de un juguete que alguna de sus amigas había olvidado, pero al ser tocada, Amarina sintió cosquillitas y comenzó a moverse y a reír; entonces el cajón y luego el cuarto se llenaron de una alegre melodía.

Mariana creyó que era cosa de magia, pues había entrado a su cuarto de mal humor a ponerse los calcetines, y repentinamente estaba de buen humor.





Desde ese día, Mariana sintió la presencia de Amarina como si fuera una pestaña, una uña, o un pensamiento más que le perteneciera.

Amarina salía en los momentos y lugares más inesperados.

Algunas veces, sin que nadie se diera cuenta, se metía en la lonchera y aparecía en el salón de clases, justo en el momento en que la maestra le preguntaba algo a Mariana.

—Tú puedes contestar —le susurraba Amarina al oído. Y Mariana contestaba bien.



Para hablar a su amiga, se paraba siempre en su hombro izquierdo, así que Mariana se acostumbró a dirigir el oído hacia esa parte de su cuerpo.

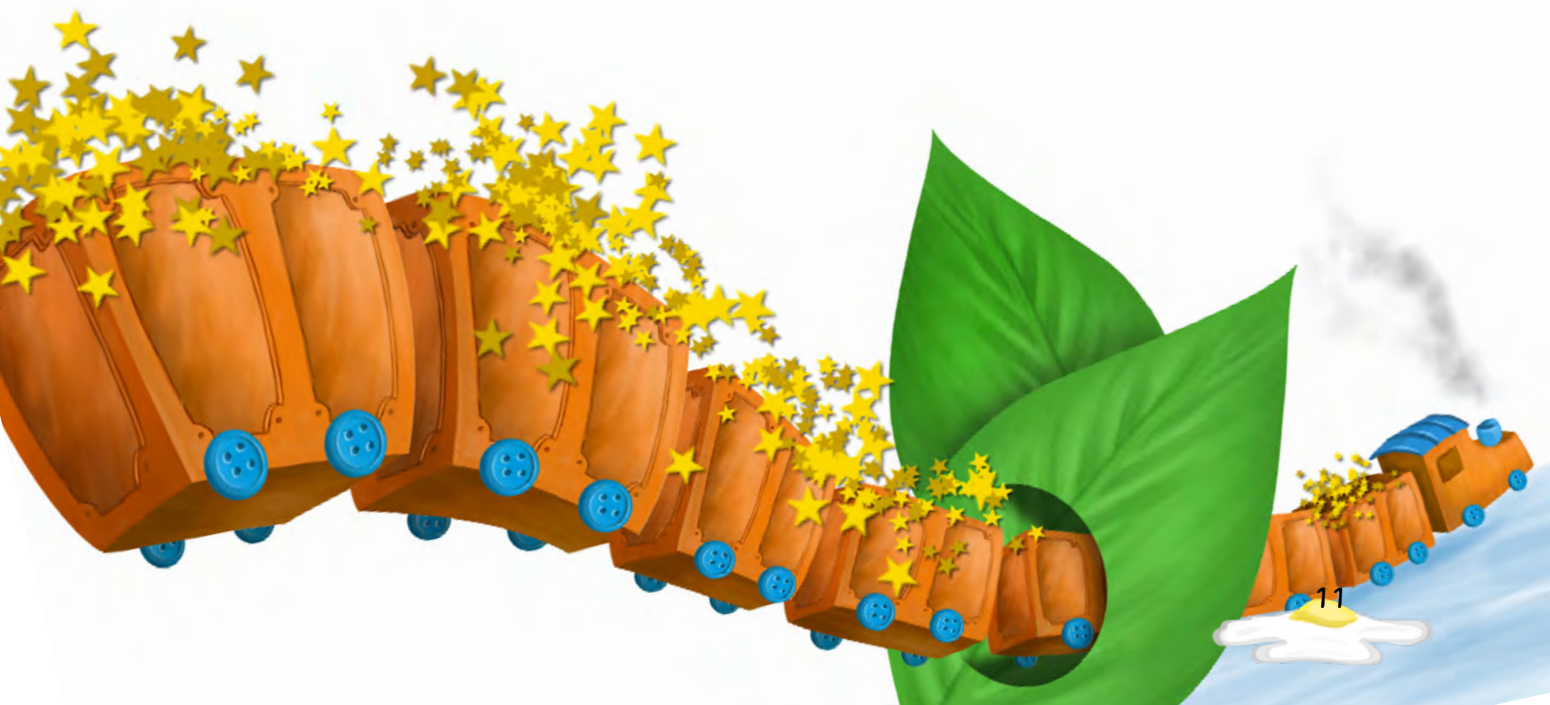
Por la noche, la guardaba en una caja de cerillos que había acondicionado con algodón y tela para que pudiera dormir cómoda, pero Amarina se salía de la caja y no sabemos de qué manera, entraba en los sueños de la niña.

En la noche cuando estaba a punto de dormirse, Mariana escuchaba:

—Tú eres más lista que los fantasmas.

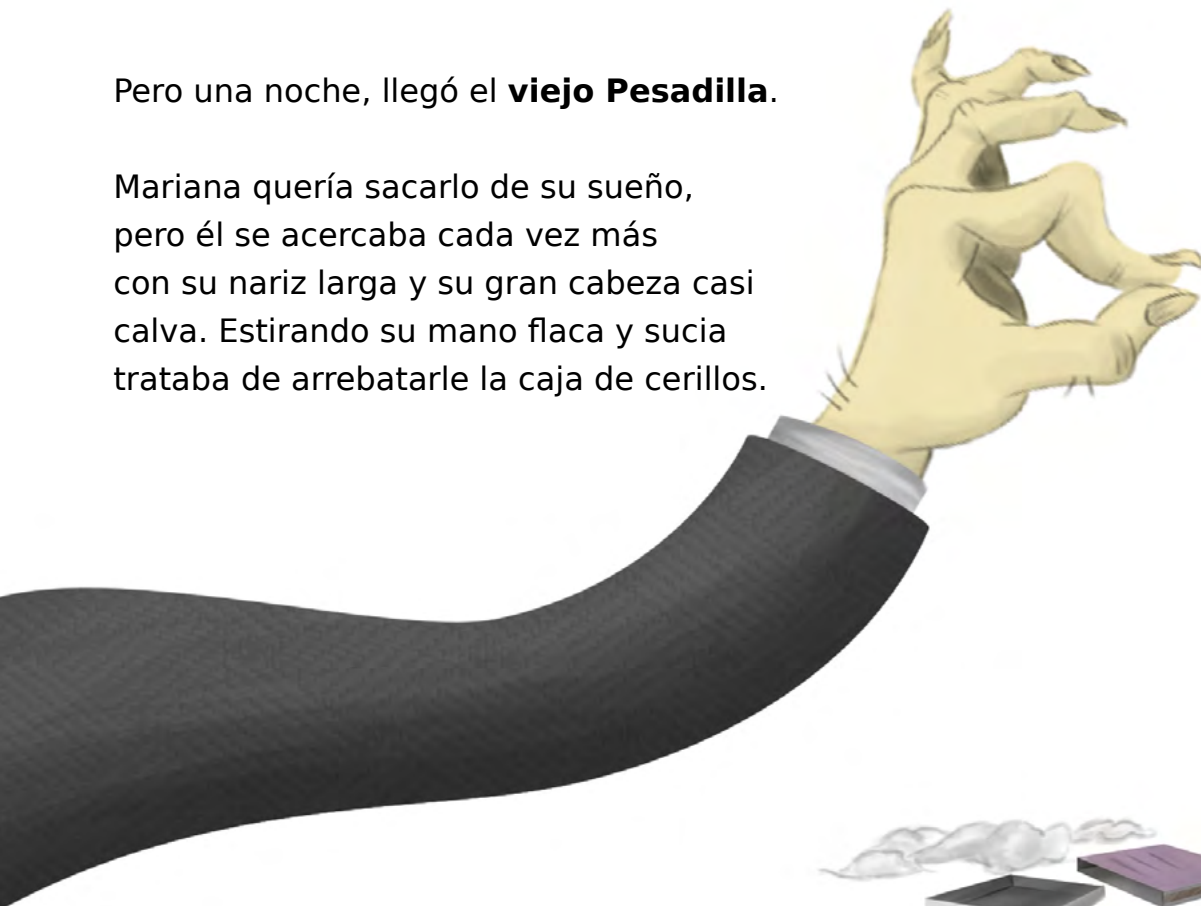
Entonces un tren color naranja la llevaba despacio, luego era minúsculo y pasaba a través de una hoja de árbol o debajo de algún río.

En esas travesías todo le gustaba: luces y sombras que se dibujaban en su cuerpo, los sonidos de la naturaleza, su piel fresca contra el aire.



Pero una noche, llegó el **viejo Pesadilla**.

Mariana quería sacarlo de su sueño, pero él se acercaba cada vez más con su nariz larga y su gran cabeza casi calva. Estirando su mano flaca y sucia trataba de arrebatarle la caja de cerillos.



—Me la llevaré a mi mundo de pesadilla —dijo el viejo; tomó a la duendecita entre sus dedos y la guardó en la bolsa de su saco gris, igualito al del director de la escuela.

—Todo es un sueño, todo es un sueño —alcanzó a escuchar Mariana. La vocecita se hacía cada vez más tenue.

Al día siguiente, lo primero que hizo fue levantar la almohada. ¡No había nada!



Era cierto, se la había llevado.

Mariana estaba triste, su uniforme de la escuela le parecía horrible, sentía los zapatos apretados.

El desayuno le pareció espantoso: el pan estaba aguado, el yogur

tenía como bolitas, la leche con chocolate estaba muy clarita.

El colegio le pareció más grande que otros días; pensó que los demás niños sabían las cosas mejor que ella.

La vida parecía terrible.





En la tarde, ya en casa, el tiempo parecía alargarse.

—No tengo buenas ideas para jugar.

Cuando se decidió a salir al patio, comenzó a llover. Entonces recordó a Amarina, y el deseo de recuperarla le dio ánimo.

—Pero, ¿cómo puedo hacerle? —pensó largo rato. Después se le ocurrió:

—Si me la robaron en sueños, sólo en sueños puedo recuperarla.

Así es que tenía que prepararse para el viaje que le esperaba esa noche al mundo de los sueños.

Su mamá se extrañó cuando por primera vez en mucho tiempo, no tuvo que repetirle cinco veces que se pusiera la pijama y que se lavara los dientes.

Mamá apagó la luz y Mariana se sintió reconfortada por la sombra que le acariciaba la piel, era una sensación fresca y ligera, parecida a la que se sentía con la sábana.

—Eres valiente —tenuemente escuchó en su hombro izquierdo.

—Eres más fuerte que el viejo Pesadilla —volvió a escuchar.

El sólo deseo de recuperarla hacía que, aunque Amarina no estuviera, Mariana pudiera oír su vocecita.





Mariana cerró los ojos y se quedó dormida.
Iba en una nave por pasillos oscuros, todo daba
vueltas. Ahora volaba en el espacio.

Aparecían líneas caprichosas en el
aire, como ligas enormes; un broche
gigantesco abría su boca y se alejaba;
pasadores de diferentes tamaños
volaban cerca.

Un moño de satén almidonado abría sus brazos tiosos y colosales, queriendo atrapar a Mariana. La nave se paró sobre unas rocas, junto a un túnel.



Mariana avanzó a gatas por la oscuridad. La pared del túnel era áspera y le escurría un líquido fresco.

Se había llevado su lonchera con una cantimplora adentro, así es que decidió vaciar el agua que llevaba y llenarla con ese extraño líquido que no se podía ver bien.

Un ligero viento le anunció la salida del túnel, después la oscuridad se convirtió en penumbra y llegó a un espacio amplio y sinuoso, como la cámara de una gruta. La piedra de la caverna era verde. Había muchas estalactitas y estalagmitas y en éstas, en la punta, un huevo estrellado.



—Bienvenida a la Gruta del Huevo Estrellado —escuchó.

El sonido venía de un magnavoz. De entre los huecos de la gruta surgieron unos seres blancos, sin cabellos, parecidos a huevos cocidos. Avanzaron hacia la niña hasta encontrarla frente a frente. El sonido se hizo más fuerte:

—Bienvenida a la Gruta del Huevo Estrellado.

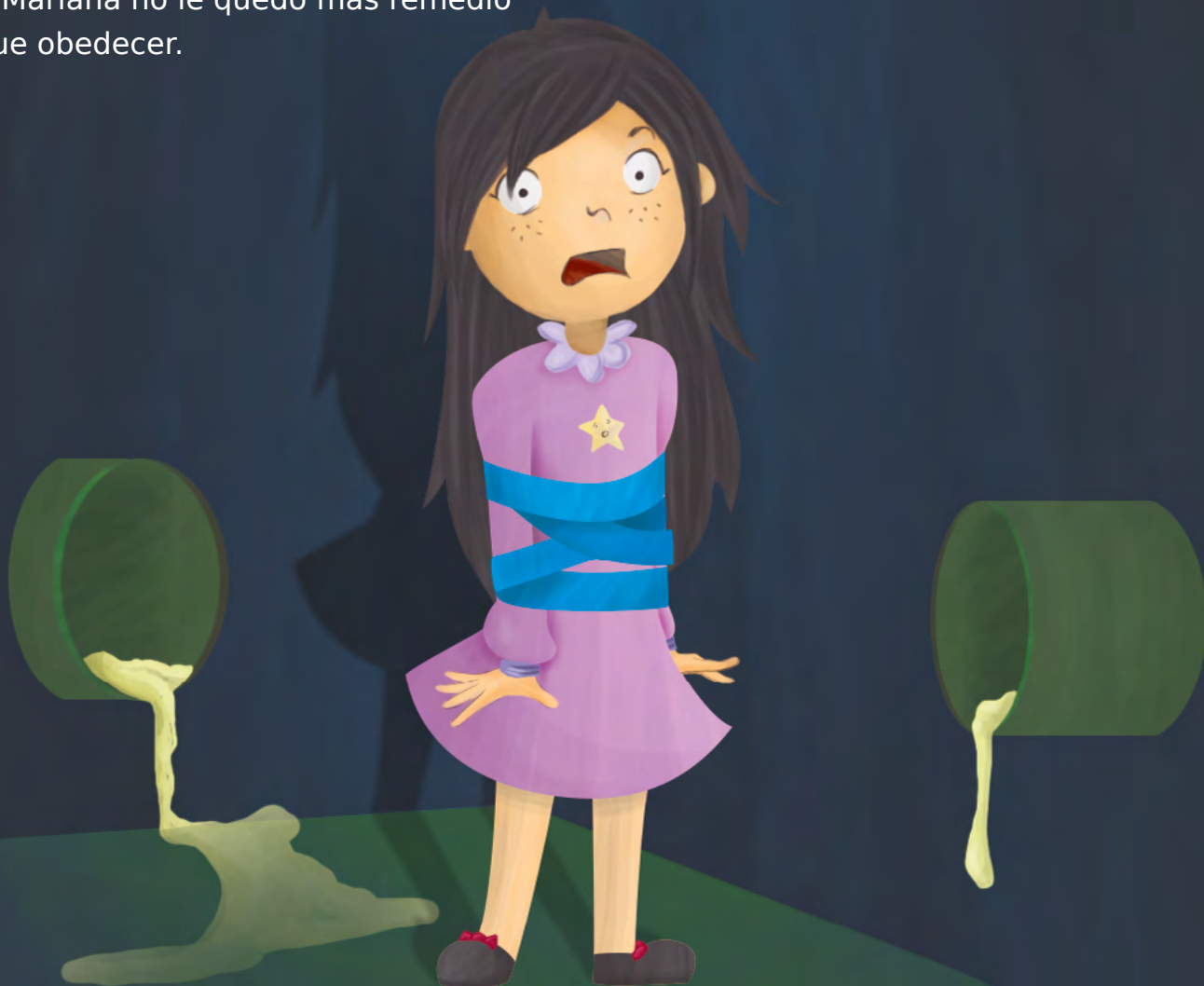
Mariana se dio cuenta de que era la voz del viejo Pesadilla y sintió que un temblor le recorría el cuerpo, además, odiaba los huevos estrellados y, en más de una ocasión, había tenido que comérselos con tal de que le dieran postre.

Las criaturas la amarraron y la condujeron hacia una alberca vacía que tenía alrededor pequeños tubos de descarga.



—¡Métete a la alberca! —gritó Pesadilla desde la bocina.

A Mariana no le quedó más remedio que obedecer.



—Por estos tubos saldrá la yema de millones de huevos, aguada y calientita, irá cubriendo la superficie de la alberca hasta cubrirte totalmente —se escuchó por el magnavoz.

La idea de morir ahogada en yema de huevo era terrible.

—Nada puede hacerte daño —oyó de repente.

¡Amarina! ¡Ahí estaba Amarina! Volteó hacia su hombro izquierdo y vio a su amiga.

Hubiera querido abrazarla con su pulgar y su índice, pero estaba amarrada, así es que se conformó con escucharla.

—Concéntrate y piensa que eres fuerte —le susurró la duende.

Mariana se concentró con tal intensidad que logró romper la cuerda

con la que estaba amarrada, cuando la yema de huevo apenas manchaba la suela de sus zapatos.

—El viejo Pesadilla se encuentra en el corazón de esta gruta, en el fondo de la tierra —le dijo Amarina.

—Al llegar tienes que abrir una puerta de acero grande y pesada. Ábrela con seguridad y dile lo que se merece, pues sólo tus palabras pueden desbaratarlo.

Mariana se dirigió a la parte más baja de la gruta; al llegar, abrió aquella puerta de acero con tal facilidad que golpeó contra la pared rebotando un par de veces.

Pesadilla estaba sentado ante una gran computadora y se sorprendió cuando vio entrar a Mariana.



—¡Vete a la yema! —le gritó a la niña.

Los ojos se le pusieron más blancos que nunca, como huevos cocidos.



—¡No eres ninguna pesadilla, eres una pobre quesadilla! —le dijo Mariana con voz firme y mirándolo fijamente.

Los pelos del viejo comenzaron a estirarse como queso derretido.



—¡Desaparece de mis sueños, huevo podrido y apestoso! —gritó Mariana.

Pesadilla comenzó a hacerse chiquito y blando.

—¡Guácala! —dijo Amarina— ¡Qué feo huele!

El viejo trataba de alcanzar las teclas de la computadora, pero no podía. Con cada palabra de Mariana se reducía de tamaño, cada vez más, cada vez más, hasta que desapareció.

—Ahora destruye el disco con el que Pesadilla se metía en tus sueños.

—Pero, ¿cuál? —preguntó Mariana.

—El que dice “Noche perturbadora” —le contestó Amarina.

Mariana brincó sobre el disco, lo hizo pedacitos.

—Ahora pon el que dice “Sueño plácido con un poco de babita sobre la almohada” —dijo Amarina.

Mariana lo hizo, después cerró los ojos.





De pronto volaba sobre un papalote.

A sus costados pasaban borradores que olían a plátano y a fresa; cortezas de madera, de ésas que les salen a los lápices cuando se les saca punta, parecían coronas de reyes chiquitos que le decían adiós.

Un plumón azul celeste pintaba olas en el aire... Ahora el papalote se convertía en un pez mariposa que salía a la superficie. Flotaba sobre un mar transparente, el cielo tenía el color de alguna fruta: comenzaba el día.

Cuando Mariana despertó, levantó su almohada. Ahí estaba Amarina, durmiendo en su cajita.



Mariana se vio en el espejo. Pensó que estaba bonita.

El desayuno le pareció delicioso: licuado de plátano y entomatadas, su platillo favorito.

Llegó más temprano que otros días a la escuela.

En la hora de deportes, Mariana tenía que competir en carreras contra la presumida Pancha, quien siempre la molestaba.

—Me voy a tomar mi jugo para tener fuerzas —pensó.

Abrió su cantimplora. Había en ella un líquido azul y brillante que despedía estrellitas. Tomó un trago.

El maestro dio el pitazo para que comenzara la carrera.

Mariana sentía el aire fresco rozarle la cara, sus pies se movían como impulsados por resortes.

Llegó a la meta, volteó hacia atrás: Pancha estaba a más de diez metros de distancia.

—¡Gané! —gritó Mariana, y oyó unos aplausitos en su hombro izquierdo.

No sabemos cuántos meses pasaron, sólo que una noche, cuando Mariana había salido de bañarse, algo asombroso sucedió.



Se le ocurrió escribir en el vaho del espejo el nombre de Amarina; primero con las letras juntas, después las separó. Las cambió de lugar y de pronto se dio cuenta de que Amarina y Mariana son el mismo nombre, sólo que con las letras acomodadas de diferente manera.

Limpio con su mano el vaho del espejo y miró su rostro, se dio cuenta de que era la misma cara de nariz chiquita y ojos negros, que tanto le gustaba de la duende.

—¡Qué bien! —gritó, y al escucharse se percató de algo maravilloso: su voz era como el sonido de una campana, era la mismísima voz de Amarina.



Desde entonces, Mariana durmió tranquila, se sintió contenta y fuerte, inteligente y animosa.

Amarina nunca más se fue; ya no tuvo que dormir en la cajita de cerillos, ni estar en el cajón o en la lonchera, sino dentro de Mariana, en algún lugar secreto.

Y se quedó para siempre.





Amarina y el viejo Pesadilla

se terminó de editar en mayo de 2015,
en las oficinas de la Editorial Universitaria,
José Bonifacio Andrada 2679, Lomas de Guevara,
44657 Guadalajara, Jalisco